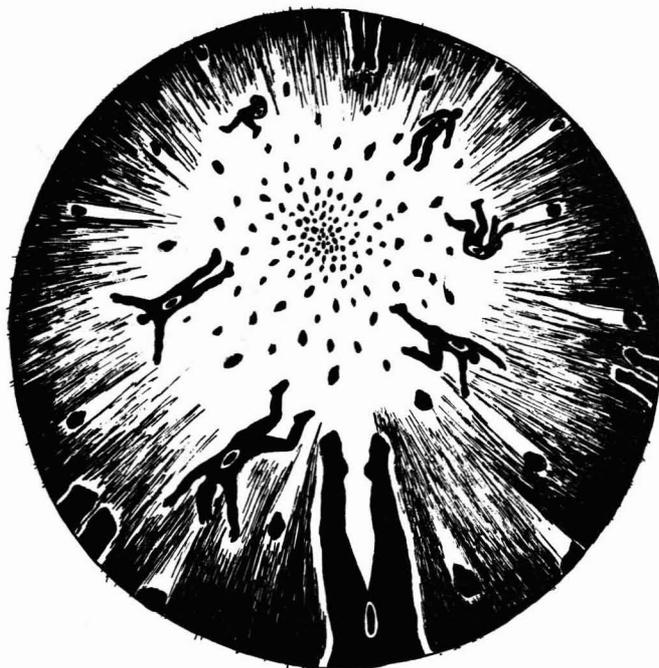


Órbita del tiempo



ENRIQUETA OCHOA

Para Alberto Dallal



El viaje

Éramos sólo un átomo
disparado a la deriva
desde el pulso de Dios.
Éramos el compás inalterable
con que palpita el universo.
Fuimos fuego,
el agua que nos apagaba,
el aire batiendo la luz.
En los infinitos océanos del misterio
el viaje se iniciaba.
Arrastrada por el viento

iba la simiente en vísperas
que en un instante dado
desalojó la atmósfera
y principió su travesía de millones de años.
Cruzó constelaciones, remolinos de sombra,
nebulosas.
Recorrió los ciclos de las edades
y fue la tortura quieta de la piedra.
Pobló de algas marinas
los rastros de la aurora;
fue manto de yerba azul, helecho, tronco
ramajes navegando en las alturas...,
instintiva criatura;
toda esa amalgama que se pliega
en los estratos de la tierra,
hasta que una lechosidad cristalina
llenó la bolsa fetal
donde fructificó la esencia
y nació el hombre.
Se le impuso la verticalidad
le desdoblaron la memoria
y fue la mañana de nupcias
entre el tiempo y el espacio.

El hombre palpitaba
como un follaje tierno.
Habíamos, al fin, realizado el viaje.

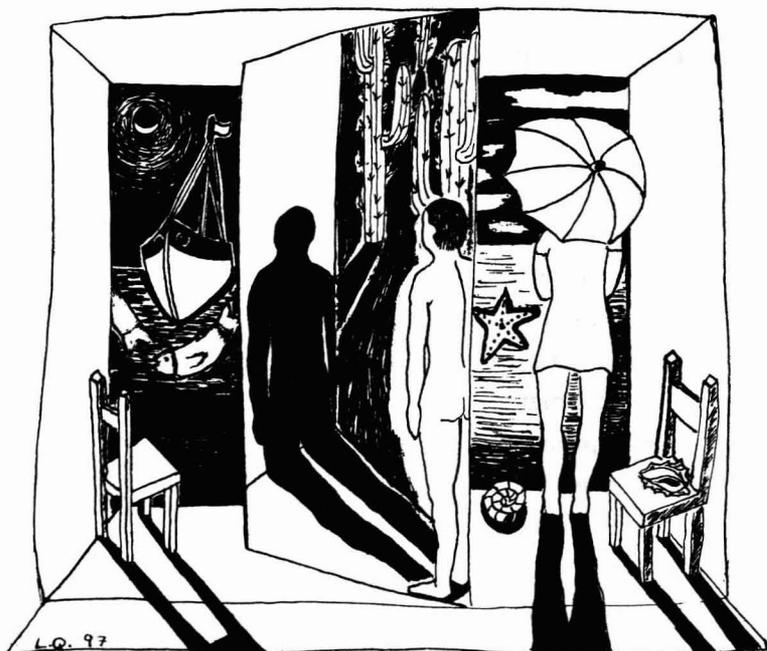
Nacimiento

Venimos de atmósferas veladas.
Tibiamente nos aposentamos
en el estanque luz verde tierna
del vientre materno.
El relámpago con que salimos a la vida
es un resorte de espanto
que arranca el desolado grito
al entrar al mundo deslumbrante del ruido.
Exhaustos, pero inabatables,
recogidos en nosotros mismos,

recuperando fuerzas, distendemos los sentidos;
sólo se pide dormir, hidratarse,
sacudirse el plomo del cansancio.
El sueño es una fina música,
un silencio de oros diminutos
donde tibios rostros de ajenos orbes
nos visitan;
se puebla la sonrisa de una leve sedosidad.
Los mayores no entienden el enigma,
porque se ha borrado la huella del viaje
en la memoria
se ha roto el cordón de luz que aún ata
al recién nacido a otros mundos.

Infancia

Danza la luz en la blancura.
Los ojos son el puro deslumbramiento.
Oscilan entre la gracia del asombro
y la curiosidad despiertas.
Por el tobogán de la inocencia,
los días se deslizan.



Bruscamente nos detiene el golpe seco
de una palabra,
el entrecejo de una autoridad,
la tira de una regla que mide y que deforma.

El no, el sí
el sujetar la carne tierna
con el cinturón de lo establecido.
El blanco copo de flor que somos
se viene deshojando,
mientras nos anudan ciegamente
los finos pies al centro de la tierra.

Adolescencia

Voy deshojando sueños
sobre la hierba descalza
de una adolescente.

Es la hora de la indagación,
de la magia sorpresiva,
del desorden en las filas hormonales.



La hora del músculo fértil
 y el ondulante paso femenino
 en que una turba alada
 asciende las escalinatas del primer amor.
 Entonces, oscuros laberintos embrollan los senderos.
 Así nos derrumbamos por el golpe
 de una decepción temprana.
 Y sin embargo,
 nunca serán más bellos los paisajes,
 la luna, la comba nocturna goteando estrellas.
 Esa vital pulsación
 nos conduce por las aguas de lo exhaltado.
 De este mar emergen las palabras SIEMPRE..., NUNCA...

Todo adolescente toca la entraña del misterio
 porque se alimenta del AMOR.
 Los rostros son un continuo cambio
 son la ansiedad, el desafío, la locura,
 el inefable gozo,
 el rostro mudable de los días;
 las temperaturas de la noche, la mañana
 y el atardecer juntos.

Nadie sufre tanto como un adolescente,
 nadie alcanza mayores raptos de alegría.
 Son la médula que corre por la espina dors
 de la existencia
 la luz arrodillada frente a la flama
 de la esperanza
 porque el adolescente siempre sueña,
 sueña, sueña...

Edad adulta

Flamea el verano su encendido aliento,
 revienta la vida en el centro de los frutos.
 Oh, edad adulta, abriéndote paso
 a codazos por entre las multitudes.
 ¡Cómo trasciende tu vigor!



Los hombres trepamos el risco de la existencia
plantando en las alturas la bandera
nos arremolinamos para la noche de la creación.
Nos perseguimos atropelladamente
nos encontramos exaltándonos en el frenesí.
Invulnerables al tiempo,
ajenos a la muerte.

Pareciera
que en un tramo de mar se repitiera
la noche de nupcias de los calamares.
En su danza de luz
los calamares cohabitan, desovan,
cubren con sus cuerpos la vida
de sus futuros vástagos.
Los hombres, ávidos,
nos perdemos en un fulgor alucinado.
Es orgasmo el poder, la ambición, el cuerpo en celo.
Vamos cegados tras el resplandor
que nos permita ser,
saber que existimos
entre la caverna marina de unos muslos,
en el redondo abismo de una moneda,
en el pedestal del poder:
asiento de efímeras luciérnagas.

Madurez

En esta hora grave
en donde mece el viento las dunas de ceniza,
estamos en muchas partes,
grabamos sobre la piedra de la descendencia
nuestro signo para no perdernos;
imaginamos, retrocedemos confundidos
lloramos sobre la cicatriz del tiempo.
Ahora nos preguntamos
¿Con qué equipaje llegaremos
y hacia qué puertas?
¿Qué tren nos llevará, a dónde?

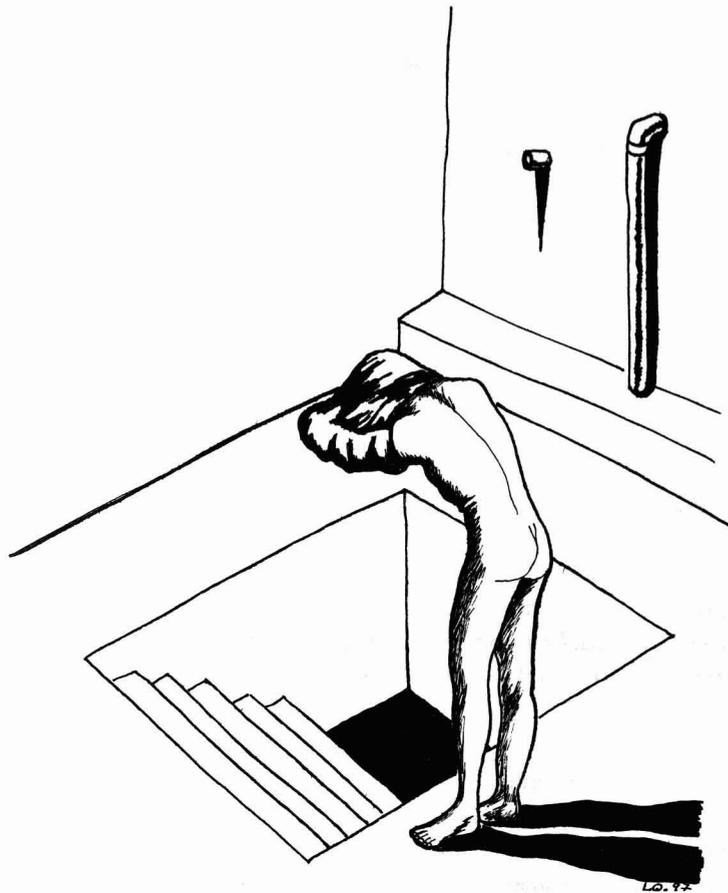
Desfallecidos, desde la ventanilla,
miramos correr la llanura de niebla interminable.
Nos sentamos en torno a las últimas pavesas
a calentar el ánimo dolido,
luego salimos a campo despoblado
envueltos en la frazada de esperanza
y vamos recogiendo estrellas como espejos
para mirar en ellos el recuerdo
sabemos que alrededor de nuestro cuerpo
está el halo temblando cada vez más pequeño
y nos recogemos en el horizonte
para prender fuego
a los últimos jirones del atardecer.
Permanecemos con el oído atento
pegado al muro de lo desconocido
que se avecina ya.
Cercados por las púas de los años,
tersamos la textura de nuestros actos,
surtimos las alacenas del alma con premura,
para los días aciagos;
nos unguimos de aceite generoso
ante la inminencia del avance
mientras el ocre de la soledad
pinta los muros
y las ramas crujientes
entran por las ventanas
con su brazo de hojas incendiadas.

Vejez

Hoy los copos de nieve caen
venciendo el resorte de las articulaciones.
Corro hacia el rumor de un jardín lejano
en donde amanecían las flores nítidas
del ciruelo, cuando la infancia...

La vejez tiene un aliento de harapo perdido
en el ojo vacío de algún páramo.
Aquí se redondea, sabiamente, la quietud
y bajo esas altas bóvedas

oramos,



porque la soledad es arisca,
muerde,
arranca el pedazo de vida que nos queda
y lo sacude con su gran hocico,
lo triza con sus garras
y uno es tan pequeño,
tan desvalido en esta hora
en que se extingue la mirada,
se difumina el contorno de las cosas,
en que tiembla como junquillo endeble
el sostén de las piernas,
en que el dolor y el frío hienden los huesos
como cuchillo de sirena ululando en la niebla.
He aquí cómo regresamos
hechos un andrajo de la gran contienda
limpiando con lentitud nuestra ancha sombra,
rompiendo ligaduras
conscientes de que ha concluido
este ciclo de obligada línea.